

CON ROMAN JAKOBSON EN EL ESCORIAL

HA sido glorioso este 19 de mayo: un sol casi ofensivo, pero contenido aún en las lindes de lo tolerable. Y una luz plena que no oculta relieve, matojo o flor camino de El Escorial. A lo lejos, aún extensa, la nieve en las cumbres de Guadarrama. Y cerca, cubriéndolo todo, el manto interminable de las jaras, que aprovechan su fugaz período de esplendor.

Roman Jakobson, el genial lingüista y crítico en quien tantas cosas han comenzado, setenta y ocho años cargados de gloria, y su esposa, jovencísima mujer que está pendiente de su marido —¿vas cómodo, Roman?—, «¿no estás fatigado?», «¿no crees que este paisaje recuerda el de La Jolla?», se interesan por el nombre de cada mata, de cada flor silvestre. Y Soledad Ortega luce su pericia botánica bautizando cada una con precisión. Ella conoce el camino paso a paso y palmo a palmo. El Escorial: allí tuvo su familia una casa frente a la fachada principal del monasterio. En ella escribió don José sus *Meditaciones del Quijote*. Anuncio al maestro la definición que Ortega hizo del gran monumento: nuestra gran piedra lírica. Una hora después, Jakobson proclamará: «¡Qué gran exactitud en la definición!».

Puesto que de algún modo andamos metidos en taxonomía, disparo mi primera indiscreción: «Los lingüistas españoles estamos divididos acerca de la pronunciación de su apellido: ¿Jakobson o Jakóbson?». «Hay una tercera posibilidad —me contesta—; en mi lengua rusa suena algo así como Jakobson; según los países, lo acentúan en una u otra sílaba. ¿Cómo prefieren pronunciarlo ustedes?». Le respondo que lo normal es Jakobson. «Pues sigan haciéndolo: no hay ninguna versión canónica de mi apellido». Me permito una broma: es ecléctico cuando el eclecticismo no es su norma. Y tras la broma late una inicial compasión por este hombre extraordinario que ni siquiera tiene las raíces de un nombre único; pero no hay motivo: sin tenerlas, las ha echado en los diversos países en que ha vivido (Rusia, Checoslovaquia, Estados Unidos), y ha creado con su propio talento el entorno del que los azares de la vida —revolución rusa, invasión nazi— lo privó.

La conversación salta durante el breve viaje de tema en tema. Mistress Jakobson adora «la corrida»: vio alguna en Méjico; su esposo no manifiesta el mismo entusiasmo. «¿Qué película española podemos ver?». Les señalo *La prima Angélica*. ¿Y alguna obra de teatro clásico? No les recomiendo *Marta* la piadosa. «La distribución del libro

español no es buena». Y Soledad Ortega glosa la cuestión con perfecto conocimiento de causa. Nuestros huéspedes leen castellano, pero no lo hablan. (Su poeta hispano predilecto es, entre los vivos, Octavio Paz, gran amigo suyo). El gran lingüista siente tal vez un complejillo de culpabilidad: se expresa perfectamente en ruso, checo, polaco, francés, alemán e inglés. Y es capaz de leer en vein-

ha producido la invasión turística. El primer topetazo admirativo de los Jakobson es con el Bosco: «Los improperios». Después, Ribera, Tiziano, Velázquez...; por fin, el San Mauricio. El maestro visitó fugazmente Cataluña hace casi cuarenta años. Y recuerda la impresión que le produjo una Misa en la catedral de Gerona: querría revivirla ahora en la basilica. Pero aún hay tiempo para ver la biblioteca, ya

Fernando Lázaro Carreter

ticinco idiomas más. Circula el dicho de Kurylowicz, según el cual, «Jakobson es un hombre notable: habla correctamente el ruso en seis idiomas». Pero él sonríe, acepta esta malicia, a la que ya contestó una vez: «For me, the most important thing about knowing a language is, so to say, to be able to make yourself understood».

Tenemos mucha suerte en el monasterio: es temprano, y aún no se

ocupada por una nutrida tropa que sigue al guía: «Y ahora vamos a ver el Corán...». Mientras ellos siguen, nos quedamos anclados frente a los códices alfonsíes, el Libro del Ajedrez, las Cantigas... Antes, el maestro se ha emocionado contemplando en la colección cartográfica de la sala del trono el primoroso mapa de Rusia y de Moscovia. Su esposa ha descubierto también, en el de Polonia, la ciu-

Roman Jakobson ha estado en España. Fernando Lázaro Carreter (que aparece con Jakobson en la fotografía) relata en esta crónica la visita que el genial lingüista hizo a El Escorial.



dad en que nació. Por fin, un trozo de Misa rezada en el templo, con su altar mayor deslumbrante. Renunciamos al Panteón de Reyes y al pudridero anejo.

El jardín de los frailes resplandece, a pesar de los mirtos enfermos. Y del estanque, velado por una espumilla blanquinosa y sucia. «¿Por qué no lo limpian?», pregunta Soledad al guarda. Y obtiene una respuesta que, de ser comprendida por nuestros acompañantes, los hubiera sumido en la perplejidad: «No, si el agua está muy limpia. Lo que ocurre es que el aire trae porquería y la deposita encima». Pero el paisaje fastuoso absorbe cualquier incongruencia. Me parece adecuado el momento para entrar en materia con Jakobson. ¿Tendrá humor, tras el trote por el inmenso monasterio? Y en seguida me doy cuenta de que él también aguardaba este instante, porque ya no cesará nuestra conversación hasta la despedida. Le pregunto por su libro *Poetry of Grammar and Grammar of Poetry*, hace años anunciado. Va a salir pronto; una primera parte, desarrollará ampliamente sus puntos de vista sobre el lenguaje poético; la segunda, reunirá abundantes análisis de textos, entre ellos, alguno en español. «¿Persiste usted en la idea de que lo que ha llamado "función poética" o recurrente del lenguaje, esto es, la repetición de rasgos a lo largo de la secuencia, basta para diferenciar el lenguaje literario del estándar?». Jakobson advierte que debe entenderse bien: no hay un sistema literario separado de un sistema estándar, sino un sistema único con predominio de una u otra función. Cuando la dominante es la función poética, todo se supedita a ella, y es esta sumisión la que convierte el lenguaje en literatura. «Pero, ¿es que acaso —y parece sorprendido— mis ideas son conocidas en España? Se me está traduciendo, pero apenas si he visto libros míos en español». Y lo tranquilizo asegurándole que sus conferencias de la Sociedad de Estudios y Publicaciones podrán ser seguidas por un público de profesores y de estudiantes perfectamente familiarizado con sus hipótesis. Pero en seguida, el sorprendido soy yo: Jakobson muestra entusiasmo por el Brocense, de quien dice que es el gramático más clarividente que ha existido en Europa. Mi sorpresa no es por esto, sino porque recuerda un libro mío de hace un cuarto de siglo, en que mostraba el influjo de Sanctius sobre la corriente gramatical cartesiana. Ante ese recuerdo, dudo de que haya escrito alguno sobre lingüística que se le oculte a este formidable lector. Le hablo de mi proyecto de publicar la *Minerva* traducida al castellano, y él se ofrece en segui-

da para escribir la introducción: ya tenía proyectado escribir sobre nuestro máximo gramático.

El sol pesa sobre el Jardín de los Frailes, pero mi interlocutor no conoce la fatiga. Se interesa por Dámaso Alonso, convaliente de un desprendimiento de retina, y proclama su admiración por él. Me pregunta por Navarro Tomás, por Emilio Alarcos... Entramos con ello en otro de los grandes temas jakobsonianos: la Fonología. Uno de sus próximos libros va a ser la publicación de más de doscientas cartas, con comentarios, del príncipe Nicolas Trubetzky, que pasa por ser el fundador de aquella ciencia. Le recuerdo que algunos fragmentos fueron publicados por Cantineau en el prólogo a la traducción francesa de los Principios, y que cualquiera puede advertir por aquellos trozos que la fundamentación teórica de la Fonología le correspondió a él, a Jakobson. ¿No ofrecerán esas cartas la demostración palmaria de que es así? («Roman, ¿no te molesta el Sol?», mistress Jakobson se ha alejado un poco con Soledad, pero no pierde de vista a su esposo). El maestro sonríe ante mi pregunta. «Sería imposible decidir quién de los dos la configuró. Nuestra identificación era absoluta». Insisto en que a Trubetzky parece corresponder la incontestable gloria de la codificación, pero el fundamento teórico es, sin duda, suyo. Jakobson no me contradice, y musita: «Tal vez ha definido usted las cosas como ocurrieron».

Pilar y Rafael Lapesa nos aguardan para almorzar: hay que ir en busca de «El Porche», su envidiable refugio. Pero me quedan aún cuestiones picantes que plantear a este excepcional interlocutor. Mientras regresamos hacia el automóvil, me pregunta por mis trabajos, que, obviamente, no son para mí los protagonistas de esta jornada, y procuro orillarlos. De pronto, él lanza el nombre que, desde un principio, andaba yo deseoso de sacar a luz: «Komsky...». «¿Cómo Komsky?», lo interrumpo. «Pero, ¿es así cómo se pronuncia Chomsky?». «Le sucede como a mí», responde Jakobson: «Su nombre es proteico. Por su origen ucraniano, la pronunciación verdadera sería Komsky. Pero en los Estados Unidos se le llama Chomsky, y vale también». Nuestra conversación entra así en su fase de mayor interés. El eminente filólogo ruso, uno de los creadores del estructuralismo lingüístico, no siente ningún tipo de prevención contra el actual apogeo de la gramática generativa, que en parte hunde sus raíces en aquél; pero que en parte también constituye su negación. Chomsky, me recuerda, fue alumno suyo, y su mutuo respeto ha superado cualquier tipo de divergencia científica. No reconoce a la Fonología de orientación transformacional ninguna superioridad, antes al contrario, so-

bre la que emanó de Praga. En cambio, concede que el trabajo sintáctico del chomskismo excede con mucho al que se realizó con la metodología estructural. El intento de estudiar la secuencia lingüística eliminando por completo la significación, no rebasada la categoría de un experimento. Por eso, me asegura, combatió la pretensión del distribucionalismo de constituirse en método gramatical definitivo: la oración es algo más que la mera compatibilidad o incompatibilidad mecánica de sus constituyentes. Le arguyo que también es eso, y él me concede con facilidad que el método distribucional es enormemente fecundo si renuncia a creerse exclusivo. «¿No le parece que las reglas de selección de Chomsky son una versión afortunada de aquel método?». «Lo son porque han incorporado el significado». Esta integración del contenido en la lin-

güística fue su lucha desde que llegó a los Estados Unidos, y se encontró con que, bajo la tutela de Bloomfield, se le había desterrado de los confines de nuestra ciencia. Le recuerdo una aserción suya de 1952: «Durante años, hemos combatido por introducir los sonidos del habla en la Lingüística, constituyendo así la Fonología. Debemos abrir ahora un segundo frente: estamos ante la tarea de incorporar las significaciones lingüísticas a la ciencia del lenguaje». Eso era nadar contra corriente, y me cuenta una anécdota que ilustra bien el clima antimentalista de entonces: la Universidad de Chicago le había invitado a pronunciar algunas conferencias, y él propuso por carta el siguiente título: «El significado como fundamento de la Lingüística». Pero el decano le telegrafió con algún nerviosismo rogándole que repensara la cuestión

para evitar cualquier escándalo. Ambos nos reímos ante los extremos a que puede conducir la beatería científica. El auge actual de la semántica es otra de sus victorias.

Nuestra marcha hacia el auto es lenta, llena de parones; estamos sometiendo a prueba de paciencia a Soledad y a Krystyne, que nos preceden. «Aunque sólo fuera por haber restituido el mentalismo a la gramática, Noam merecería toda nuestra gratitud. Pero es que, además, lo ha hecho con enorme talento. Y su fundamentación de la sintaxis es una construcción clásica, de la que ya no se puede retroceder». No todo, sin embargo, y como es natural, le satisface. Muchos de los discípulos de Chomsky sólo saben inglés, y tratan de convertir falsamente las reglas válidas para esa lengua en principios de vigencia universal. «¿Y qué piensa de los disidentes, de los semantistas generativos?». Jakobson se pone grave para afirmar que constituyen un desvío de escaso porvenir; pero importa que haya herejes: Chomsky está afinando mucho más su doctrina, que saldrá fortalecida de esta prueba. Una de las cosas para las que ha servido la polémica es para revelar que no hay identidad semántica entre la oración activa y su correspondiente pasiva, que no hay nunca sinonimia oracional absoluta. El trabaja ahora estos problemas. ¿Cómo se puede expresar en español que un vaso contiene líquido hasta su mitad? «Diremos que está medio lleno o medio vacío». ¿Y cuál es la diferencia? «Se trata de una cuestión de optimismo o de pesimismo?». «Exactamente —proclama—, hay algo siempre que obstaculiza la sinonimia». Sigue inquiriendo sobre el modo de designar las horas, y me hace ahondar, para explicárselas, en las diferencias que hay entre fórmulas aparentemente equivalentes, como las tres menos cuarto, las dos y tres cuartos o el cuarto para las tres.

Su comprensión generosa del generativismo es rara entre los estructuralistas, y así se lo manifiesta. En contraste, por ejemplo, con la hostilidad de Hockett. «El furor de Hockett es injustificado; se trata de una oposición irracional e insostenible». «Por cierto, ¿lo ha perdonado a usted?». Se ríe con fuerza. «¿Cómo sabe que teníamos una cuenta pendiente?». En efecto, Luis Michelena me envió hace tres años un número del *New Yorker*, en que Jakobson contaba en una entrevista lo que Bloomfield le confesó una vez a propósito de Hockett: «Es un artesano, y resulta muy arriesgado para un simple artesano meterse en discusiones teóricas». Fue una indiscreción del periodista, me dice Jakobson, porque le habló de ello cuando ya había dado por terminada la entrevista. Pero Hockett ha tenido la elegancia de no darse por aludido: hace poco tuvo que presentar a



EC

Títulos aparecidos:

- | | |
|----------------------------|------------------------------------|
| EDUARDO BARRENECHEA | HECTOR VAZQUEZ AZPIRI |
| 1. Los nuevos Pirineos | 6. Corrido de Vale Otero |
| ANTONIO SANCHEZ GIJON | PABLO CORBALAN |
| 2. El camino hacia Europa | 7. La poesía surrealista en España |
| JULIO CARO BAROJA | JOSE MARIA DE QUINTO |
| 3. Algunos mitos españoles | 8. Relatos |
| ELENA QUIROGA | VOLTAIRE |
| 4. La careta | 9. El ingenuo |
| EÇA DE QUIROZ | |
| 5. El conde de Abraños | |

EDICIONES DEL CENTRO

ROLEX, EN LA FERIA DE BASILEA (SUIZA)

Rolex ha presentado en la Feria de Basilea (Suiza), un magnífico «stand» de 180 metros cuadrados de superficie, construido con materiales modernos y preciosos. En las 16 vitrinas de que constaba se exhibía toda la gama de sus relojes, desde los modelos clásicos hasta los de más avanzado diseño, en una alianza perfecta de calidad y buen gusto.



ROMAN JAKOBSON

Jakobson en una conferencia que éste pronunció en Cornell («Lo mismo podía esperar de él que me elogiase, como que arremetiera contra mí»), y lo hizo reconociendo la influencia que dos maestros habían ejercido sobre él: Bloomfield y el conferenciante, y aún añadió que estaba más cerca de éste que del primero. «Pero es desmesurada, insiste, la cerrada negativa de *The State of the Art* a las teorías de Chomsky. La ciencia no puede hacerse con exclusivismos. Claro, que muchos chomskianos no son poco excluyentes».

Camino de «El Porche», me cuenta la profunda impresión que le causó su reciente visita en París a su gran amigo Emile Benveniste, a quien una enfermedad circulatoria ha privado del habla, pero no de la facultad de comprender. Son los dos mayores lingüistas europeos de la hora actual, y sus puntos de vista suelen ser ejemplarmente coincidentes. Los *Lapesa* nos aguardan hace rato; Rafael y Jakobson no se han visto desde 1952 y se piropean uno a otro con proclamaciones de sus respectivas apariencias juveniles. A ambos los une el recuerdo de un entrañable amigo común: Amado Alonso. La conversación se generaliza: el asombroso paisaje, el lindo jardín con sus rosales y sus matas de verbena... El maestro ruso se interesa por el trabajo del español, y éste le habla de su *Sintaxis* histórica, del diccionario histórico de la Academia, de sus clases... Confiesa estar desbordado por tanta dispersión. «Pero no va mal al investigador un poco de poligamia... Intelectual —asegura Jakobson con un punto de malicia— resulta estimulante». «Conduce a la trivialidad». «No necesariamente». «Pero desgasta». Intervengo. «Si; ese es un riesgo de la poligamia», concede con melancolía nuestro huésped.

Nuevo traslado, ahora al restaurante. Los Jakobson se interesan por los platos típicos del menú, pero no hay ni fabada natural, ni cochinillo, ni callos (¿por qué, pues, en el poema gastronómico estos versos fantasmales?). El opta, al fin, por los calamares a la romana. Y nos cuenta cómo una vez, almorzando en Roma con Vendryes y Trubetzkoy, pidieron ambos ese manjar, que les fue servido en una bandeja común; pero el príncipe se los apropió por entero, mientras Vendryes comentaba por lo bajo a Jakobson: «En verdad que su alteza tiene buen apetito». Cuando su alteza se dio cuenta de que el colega francés ayunaba, ya no hubo posibilidad de que satisficiera sus ganas de calamares: se había zampado los últimos que había en el restaurante.

La conversación regresa a nuestros temas. Jakobson se lamenta de la situación de Mukarovsky, que creyó en la primavera de Praga, y sufre postergación. «Ya no se rehará», dice con pena. Y evoca los

momentos brillantes del círculo, con Mathesius a la cabeza, en la que ellos, los formalistas rusos descubrieron a Saussure, para cuya enseñanza venían preparados por el magisterio, en parte coincidente, de Baudouin de Courtenay, el gran lingüista de Moscú. «Si no me engaño, la rehabilitación del formalismo en Rusia es completa», inquiere. «Completamente». «¿Y Sklovskij?». Es sabido que este grupo de jóvenes investigadores no pudo resistir la presión que sobre ellos ejerció la crítica oficial soviética, la cual los acusó una y otra vez de desinterés por los problemas sociales; de ahí que algunos —Jakobson entre ellos— optaran por el exilio. Pero Sklovskij, tal vez el más agudo de todos los formalistas, pero también el más inconstante, cedió a las presiones, se declaró culpable de esteticismo, y en 1930 definía aquel impresionante movimiento científico como «cosa del pasado». De ahí mi pregunta a Jakobson, que volvió a Moscú en 1956. Sklovskij fue a buscarlo al aeropuerto, y se fundió con él en un estrecho abrazo. «Tal vez me comunicaba así su pesar por no haberse resistido a escribir ciertas cosas».

El descubrimiento de la tarea desarrollada por los formalistas rusos hasta su disolución, ha sido el máximo acontecimiento que ha sobrevenido en la crítica y en la teoría literarias del mundo en el último decenio. A la cabeza de este impresionante movimiento científico —y del equivalente para la Lingüística, que fueron las actividades del Círculo Lingüístico de Praga— está este hombre extraordinario, y aún animoso y fuerte, lúcido hasta la genialidad, profesor ahora en el MIT, donde también enseña Chomsky, judío de raza, que después de comer se ha sentado con su esposa, a reposar unos minutos, en la silla de Felipe II. El aire transparente y fino de la sierra no opone obstáculo alguno entre nuestra mirada y el horizonte. «Ahi, a la derecha, está Madrid», aclara *Lapesa*. Y allí mismo, entre las moles graníticas, nos despedimos de nuestros anfitriones. El regreso a la capital es fácil: no se ha constituido aún la oruga de chatarra que, dentro de dos horas, convertirá en suplicio el viaje. Krystyne y Roman empiezan a intercambiar las impresiones recibidas en estas horas; Soledad y yo callamos, para no interrumpir ese comienzo de elaboración de lo que muy bien podrá convertirse para ellos en recuerdo imborrable. Voy impresionado, edificado, por el ejemplo de sencillez, de espontaneidad, de pasión intelectual de este hombre. Quizá en el mundo no viva ahora una docena de sabios de tan profunda influencia como la suya en la cultura moderna. Y, sin embargo, no se advierte en él ni el más leve intento para alzarse sobre la estatura normal de los demás humanos. ■ F. L. C.